

BOLETIN OFICIAL

ARZOBISPADO DE VALENCIA



ÉPOCA IV - VOL. 15

2002

ENERO - N.º 3.242

DOCUMENTOS

ARZOBISPADO

RVDMO. PRELADO

HOMILÍA

EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO
DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ,
FUNDADOR DEL OPUS DEI

S.I. Catedral Metropolitana

9 de enero de 2002

1. *Os daré pastores conforme a mi corazón (Jer 3,15).*

Esta promesa anunciada por el profeta Jeremías en la Sagrada Escritura, se realizó en la persona del beato Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, que dedicó su vida a recordar la llamada universal a la santidad en medio de las ocupaciones diarias.

Hoy, centenario de su nacimiento, en numerosos rincones de los cinco continentes miles de personas elevan su corazón en agradecimiento a Dios Uno y Trino con motivo de esta fiesta.

También nosotros en esta Santa Iglesia Catedral de Valencia nos unimos a ese clamor agradecido y suplicamos al Señor que cada uno de los que participamos en esta Eucaristía seamos cristianos conformes al Corazón de Cristo.

El mensaje apostólico del beato Josemaría Escrivá supone una gran aportación a la Iglesia de hoy. Como muchos han expresado a raíz de la aprobación del milagro atribuido a su intercesión, el mensaje de este sacerdote santo se sitúa, sin duda, entre aquellos que han dado un nuevo dinamismo a la misión eclesial.

La historia de la Iglesia muestra una clara intervención del Espíritu Santo en momentos precisos, al enviar líderes espirituales que respondan a las necesidades que cada tiempo demanda.

Así, el pueblo de Dios, en el tercer milenio de su peregrinación, encuentra en la enseñanza del Fundador del Opus Dei una poderosa fuente de luz. El Señor suscita santos entre nosotros según las necesidades de cada época y monseñor Escrivá es en nuestro tiempo el beato, el santo, cuyo ejemplo y santidad la Iglesia necesita.

Nació y murió en el siglo xx. Un siglo de guerras y dolor que no ha impedido ser, a la vez, un siglo de generosidad y grandeza.

La historia es testigo de cómo en épocas de tragedia y sufrimiento surgen hombres y mujeres que, como luces del camino de la vida, marcan con su ejemplo la ruta de la dignidad del ser humano.

La Liturgia de la Palabra que se acaba de proclamar nos recuerda algo que forma parte del mensaje que el beato Josemaría difundió incansablemente.

Quiero subrayar tres facetas, sacadas de cada una de las tres lecturas de la Misa de hoy, que recogen aspectos característicos de su mensaje.

2. En la primera lectura, hemos oído que Dios tomó al hombre y le mandó *que cuidara y cultivara la tierra*. El Señor desea que mejoremos este mundo con nuestro trabajo.

Con palabras del fundador del Opus Dei os recuerdo que *el trabajo es participación en la obra creadora, es vínculo de unión con los*

demás hombres y medio para contribuir al progreso de la humanidad entera; es fuente de recursos para sostener a la propia familia, es ocasión de perfeccionamiento personal, es —e importa en gran manera decirlo muy claramente—: modo y camino de santidad.

Santidad en el trabajo, y a través del trabajo. Para el beato Josemaría la santidad no es una utopía que sólo algunos selectos pueden alcanzar o un ideal reservado a personas que optan por una forma de vida alejada del mundo.

Su mensaje parte de una gran convicción: el Bautismo es una verdadera vocación. Todo bautizado está llamado por Dios a ser santo. Los medios para alcanzar la santidad no están en el estado de vida que cada cual elija, sino en la Gracia de Dios, que se nos da a todos en los sacramentos.

La Palabra de Dios que hemos escuchado subraya que toda actividad humana, rectamente entendida, es participación en la obra creadora de Dios y una forma de servicio a los hombres.

Cualquier trabajo, realizado desde nuestra condición bautismal, exige el ejercicio de las virtudes teologales, se convierte en medio de practicar las virtudes morales y es ocasión de llevar a los demás, con la palabra y el ejemplo, el mensaje cristiano.

Para santificarse en el trabajo es preciso realizarlo con el espíritu de Cristo que, dice el Evangelio, *todo lo hizo bien*. Esto supone amor a la obra bien hecha.

Una persona que quiera santificar su trabajo —el que sea: manual o intelectual— no lo hará sólo con afán de éxito o de lucro que, lógicamente *se le dará por añadidura*, sino por servir a Dios y a los hombres. Así irá mejorando la sociedad en la que vive.

3. *A los que aman a Dios todo les sirve para el bien*, nos dice la segunda lectura de hoy. El beato Josemaría se refirió con mucha frecuencia a estas palabras del apóstol utilizando una jaculatoria: *Omnia in bonum!*, todo es para bien.

Queridos hijos: hay momentos en la vida en que se nos presenta la adversidad, el dolor y el sufrimiento:

- * un accidente de tráfico,
- * la pérdida de un ser querido,
- * una enfermedad grave,
- * la pérdida del puesto de trabajo,
- * disgustos familiares..., y un largo etcétera.

¡Qué difícil es comprender en esos sucesos *que todo es para bien!*

Además, vemos cómo el mal adquiere un protagonismo excesivo en la sociedad, y el esfuerzo ético no recibe siempre la respuesta que le corresponde.

La misma lentitud con que parece abrirse paso la verdad cristiana y las críticas con que se ataca a la Iglesia, mellan la esperanza de que *todo sirve para el bien.*

En estas o parecidas situaciones, el beato Josemaría, según leemos en sus escritos, solía acudir a una anécdota muy expresiva: *Visité una vez una fábrica de tapices... Estaba ya terminada una gran parte del tapiz: se dibujaban con precisión y colorido caballeros, armaduras, y el cielo azul muy hermoso. Luego lo miré por detrás y todo eran nudos, hilos sin apariencia...*

Así es nuestra vida: diariamente nos equivocamos una y otra vez, y hay que hacer un nudo y seguir adelante: a continuar trabajando, sin darnos cuenta de la belleza de la tarea. Pero si alguna vez pudiéramos contemplar el tapiz por delante, veríamos que el conjunto de aquellos hilos es magnífico, gracias a Dios y a nuestro pequeño esfuerzo de cada día.

Sí, queridos hijos: *todo es para bien.* Olvidar esta perspectiva sobrenatural conduce inevitablemente a crisis y desasosiegos, a tristezas y desolaciones. De ahí que la Palabra de Dios nos asegure que *El espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad porque nosotros no sabemos lo que nos conviene.*

Naturalmente, esto no quiere decir que estemos al abrigo de cualquier desgracia. El dramático destino humano de Jesucristo nos enseña que el querer bueno y sabio de Dios se cumple también en medio de los aspectos más sombríos de la vida humana.

Sin embargo, el cristiano, a la luz del misterio de la Cruz, está

llamado a hacer una lectura distinta de los dramas humanos que la que hace quien carece de fe.

4. Como a Pedro, Jesús nos ha convertido también en *pescadores de hombres*, para que influyamos cristianamente en la vida de quienes nos rodean:

- * en el hogar,
- * en el lugar de trabajo,
- * en las relaciones sociales, culturales, políticas, económicas, recreativas..., en todo ese complejo y rico mundo en que nos desenvolvemos.

Esta invitación del Maestro puede verse paralizada por la misma tentación que invadió a los apóstoles tras una noche de trabajo infructuoso.

¡En cuántas ocasiones aflora el desánimo en padres, profesores, catequistas, sacerdotes... al ver la débil respuesta en las conductas, hoy tan influidas por una mentalidad permisiva y relativista!

Jesucristo hizo ver a Pedro con una redada tan inesperada como inaudita, que es preciso sustituir las excusas de la experiencia como pescador por la confianza en Él.

Pedro comprende que esa pesca asombrosa es cosa de Dios y, *dejándolo todo, lo siguieron.* Es preciso *dejar las excusas* comprendiendo que es el Señor quien actúa a través de nuestra cooperación.

El Fundador del Opus Dei recuerda en una de sus homilias escritas: *Allá por los años de la década de los cuarenta, iba yo mucho por Valencia... hacíamos la oración donde buenamente podíamos, algunas tardes en una playa solitaria... un día, a última hora, durante una de aquellas puestas de sol maravillosas, vimos que se acercaba una barca a la orilla, y saltaron a tierra unos hombres morenos, fuertes como rocas, mojados, con el torso desnudo, tan quemados por la brisa que parecían de bronce.*

Comenzaron a sacar del agua la red repleta de peces brillantes como la plata. Tiraban con mucho brío, los pies hundidos en la arena. De pronto vino un niño, muy tostado también, se aproximó a la cuerda, la agarró con sus manecitas y comenzó a tirar con evidente torpeza.

Aquellos pescadores rudos, nada refinados, debieron sentir su corazón enternecerse y permitieron que el pequeño colaborase; no lo apartaron, aunque más bien estorbaba.

Pensé en vosotros y en mí —sigue diciendo el beato Josemaría—, en ese tirar de la cuerda todos los días, en tantas cosas. Si nos presentamos ante Dios Nuestro Señor como ese pequeño, convencidos de nuestra debilidad pero dispuestos a secundar sus designios, arrastraremos la red hasta la orilla, colmada de abundantes frutos, porque donde fallan nuestras fuerzas, llega el poder de Dios.

Duc in altum!, ¡Mar adentro!, propone Juan Pablo II para este nuevo milenio.

¡No esperemos que la gente venga a nosotros, a la parroquia, a los centros de catequesis en todas sus modalidades! ¡Salid a buscar a las almas donde están, en los innumerables nudos de la organización social!

El futuro es de los que creen, no de los que dudan; de los que hablan de Dios, no de los que callan; de los que aman y se comprometen, no de los que se inhiben; porque el futuro es Cristo. Él es lo permanente.

Como señalé hace tan sólo unos días, la vida de monseñor Escrivá de Balaguer, «muestra un modelo de santidad cercano, porque cientos de miles de personas en todo el mundo tratan de vivir su mensaje buscando a Cristo en las tareas ordinarias. Por eso interesan muchos ejemplos como el suyo para que todos nos tomemos con hondura nuestra vocación de cristianos».

Queridos hijos:

Os invito al hilo del ejemplo y de la vida del beato Josemaría a proclamar con vuestras vidas este mensaje:

- No al egoísmo.
- No a la injusticia.
- No a los caminos sin Dios.
- Sí a la justicia, al amor, a la paz.

— Sí a Dios, al Evangelio y a la construcción de la civilización de la vida, de la verdad y del amor.

No tengáis miedo al compromiso y a la entrega generosa en esta tarea tan apasionante como necesaria.

Contamos para ello, no lo olvidéis, con la intercesión materna y cercana de nuestra Madre Santa María.

¡Beato Josemaría!: intercede por nosotros.

Sancta Maria filios tuos ádiuva!, ¡Santa María: ayúdanos!